

# Y SU REINO NO TENDRÁ FIN

La encíclica *Lumen Fidei* (n.45), al referirse a la profesión de fe destaca que ésta «no consiste sólo en asentir a un conjunto de verdades abstractas. Antes bien, en la confesión de fe, toda la vida se pone en camino hacia la comunión plena con el Dios vivo. Podemos decir que en el Credo el creyente es invitado a entrar en el misterio que profesa y a dejarse transformar por lo que profesa. Para entender el sentido de esta afirmación, pensemos antes que nada en el contenido del Credo. Tiene una estructura trinitaria: el Padre y el Hijo se unen en el Espíritu de amor. El creyente afirma así que el centro del ser, el secreto más profundo de todas las cosas, es la comunión divina. No puede pronunciar con verdad las palabras del Credo sin ser transformado, sin inserirse en la historia de amor que lo abraza, que dilata su ser haciéndolo parte de una comunión grande, del sujeto último que pronuncia el Credo, que es la Iglesia».

Pues bien en esta estructura trinitaria del credo NC, la proposición final relativa al Señor Jesucristo reza así: *y su reino no tendrá fin*; en ella queremos centrarnos ahora en una actitud de meditación teológica, guiados por la experta mano del Prof. Olegario González. El texto pertenece a *Fundamentos de cristología, II*, Madrid, 2006, BAC, 581-585.

Manuel Longa Pérez



## El significado teológico de esta fórmula de fe

### — Para la comprensión de Cristo

Intentemos penetrar en el significado teológico de esta afirmación del credo. Aquí aparece patente cómo los dogmas revelados por Dios son a la vez reveladores de Dios, del hombre y del ser. Hay que pasar, por tanto, de la explicación de su surgimiento en la historia a su intención en el proyecto divino para nosotros. ¿Qué nos desvela esta frase del símbolo NC sobre Dios, Cristo, el hombre y el ser? Nos dice ante todo algo explícito sobre Cristo. Su humanidad no es un instrumento funcional y ocasional usado por Dios para actuar con nosotros, sino el medio personal eterno en el que Dios y nosotros ya somos y seguiremos estando unidos para siempre. Él es realidad personal en sí y por sí para siempre, no simple instrumento en manos de Dios para llevar a cabo una acción en el tiempo y en el mundo, quedando agotado dentro de ellos. Cristo al retornar al Padre no deviene *asarkos*, deponiendo su humanidad como una túnica que necesitó para un breve período de tiempo. Él suscitó esa humanidad al mismo tiempo que la constituyó como suya. La creó para sí y no existe sino siendo suya. Él ya no es sino en ella para siempre. La encarnación no fue un avatar, delimitado en el tiempo y el espacio, sin validez eterna. Lo que surgió en Galilea toca ya el ser mismo del Dios trinitario para siempre. Por eso hay que hablar de la encarnación como *acto* y de la encarnación como *resultado* y *estado*. Con toda lucidez, Rahner afirma que Dios ha sido y permanecido hombre.

### — Para la comprensión de Dios

Esto significa también algo decisivo para Dios. Dios ya no es Dios sino en relación al Hijo que permanece eternamente hombre en carne. Por eso el ser de Dios pasa ya por la relación y constitución recíproca con una humanidad. La relación entre Padre, Hijo y Espíritu Santo incluye ya la correalización con la humanidad de Jesús. Por estar unida hipostáticamente al Verbo es coautora de la vida divina. Con ello quedan superados todos los conceptos ahistóricos de Dios y todos los conceptos exclusivamente historizantes del hombre. Dios no es ya sin la historia y naturaleza del hombre, pero a su vez el hombre ya no es sin la vida eterna de Dios como destino último. Tal destino y oferta a la libertad se convierten en su necesidad suprema.

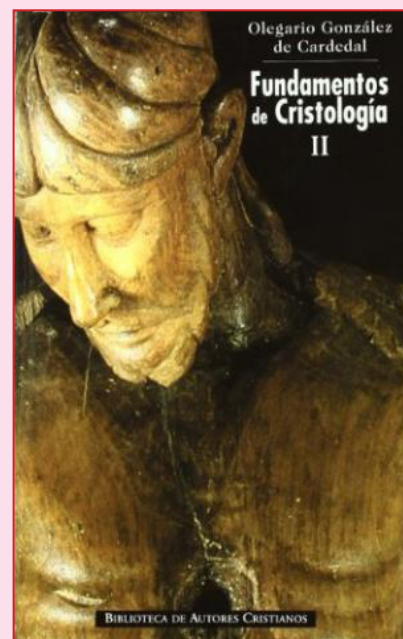
## — Para la comprensión del hombre

El hombre queda, por tanto, eternizado en la eternidad del Hijo. Con ello su destino de mortal y pecador, que le lleva casi siempre a una pérdida de confianza en su dignidad inmanente y de la esperanza en el valor y perennidad de su existencia, queda afirmado de una manera radical. Porque lo que ha acontecido a Jesús, nunca le ha acontecido en aislamiento de la humanidad. El principio y fundamento de la fe cristiana es la solidaridad de destino entre Cristo y los hombres. No hay un Cristo que no sea el Primogénito, ni hay unos hombres que no sean los otros hermanos (Rom 8,29; Col 1,15-19; Ap 1,51). Nuestra historia queda, por tanto, puesta a salvo, a recaudo y a renuevo al ser introducida por Jesús en el misterio indestructible de Dios. Con la permanencia eterna de la humanidad de Jesús está siendo afirmada la permanencia eterna de todos los hombres que Jesús se ha atraído como cuerpo suyo, y con el universo que es el cuerpo de su cuerpo. Tiene el hombre asiento y no es humo de paso que se disuelve en la atmósfera. El reino del hombre tampoco tendrá fin. Es eternamente valioso para Dios, porque es el cuerpo de su Hijo, del Unigénito, del bien amado. El hombre Jesús aparece así como la simultánea gloria del hombre y gloria de Dios, la inseparable pertenencia del uno al otro, la eterna unidad.

## — Para la comprensión del ser

De esta forma estamos haciendo aflorar el sentido metafísico de la realidad misma. *Si las cosas están destinadas a eternizarse en el amor consumidor, entonces es que su origen temporal ha sido necesariamente el amor creador. La creación, la encarnación y la consumación son tres fases de un mismo designio de amor.* Los textos de Gén 1-2, Jn 1 y Col 1 son inseparables. Aunque parezca extraño, es esa creación y consumación en Dios lo que para muchos hombres crea la dificultad. Ahora bien, la aceptación de la realidad con su caducidad sólo es posible a partir de la afirmación de su valor absoluto para Dios. Las cosas son creadas saliendo de su entraña por un acto libre suyo y son consumadas volviendo a su entraña por un acto libre nuestro. Nadie quedará extraño a Dios sino quien quiera extrañarse y, renegando del amor originario, no consienta al amor final. Eso es la condenación. Para el hombre consentir es ser, querer a Dios es salvación. Anticipándose a la página clásica de Pascal sobre el hombre, escribe Bérulle:

«El hombre está compuesto de piezas que son todas diferentes. Por un lado es un milagro, por el otro es nada. Por un lado es celestial y por otro es terrestre. Es un ángel, es un animal, es nada, es un milagro, es un centro, es un mundo, es un Dios, es la nada rodeada de Dios, indigente de Dios, capaz de Dios y colmada de Dios si él quiere».



## — Para la comprensión del fin o escatológica

Significado escatológico decimos porque con ello se pone de manifiesto que la humanidad llega a su meta en Cristo. En la resurrección fue afirmado el hombre contra la muerte, con una afirmación irrevocable. Dios suscitó de la muerte para la vida definitiva al Hijo y con él a todos los hijos. Él media para todos la voluntad de Dios y su amor. Quien se exilia del Hijo y no acepta la común filiación con él queda remitido a sus propias posibilidades, reducido a su única fortaleza, recluso en su muerte. No se eterniza ni se diviniza el hombre a sí mismo. Si el hombre llega a sí mismo en Cristo, llega también a Dios. Y quien ha llegado con Cristo a Dios ha plantado ya la raíz de su tiempo en la definitividad, indestructibilidad y fidelidad del Dios eterno.

### La perenne función mediadora de Cristo en nuestra relación con Dios Cristo, medio personal de la autodonación de Dios al hombre

Una vez afirmada así la permanencia eterna de la humanidad de Cristo, ¿cuál es su relación con nosotros y su función para nosotros? La misma que había sido en la historia. La revelación de Dios no tiene lugar desde fuera mediante acontecimientos, ni siquiera mediante palabras, sino mediante el ser personal de Cristo. Son un destino, una conciencia, una voluntad y una libertad en acto las que dicen quién es Dios, poniéndole en situación para nosotros. *La revelación de Dios a la humanidad tiene lugar mediante la realización de Dios en humanidad.* Cuando el Verbo instaura realidad humana personalizada surge en el mundo el medio ontológico y personal para el encuentro entre el hombre y Dios. Esa existencia humana así personalizada por el Verbo es ya para el hombre el lugar definitivo de conocimiento, visión y fruición beatíficas de Dios.